

acontecimiento necesario, grandioso, palpitante; esa asamblea general, esa reunion del Príncipe, de los Pastores, de los hombres eminentes de la Iglesia para elevar á la suprema cotegoría de dogma católico el misterio de la Inmaculada Concepcion. Descienda el Espíritu Santo y decida: y concédanos el Señor, si asi conviene, y puesto que tan amantes somos de la Virgen, presenciar, encarecer y disfrutar esta maravilla, sello de todas las maravillas de Maria; y maravilla de la que depende, segun el espíritu de nuestro santísimo y amantísimo Padre Pio IX, el remedio de todos los males que nos afligen, de todas las calamidades que nos rodean, y en la que se apoya el principio de la paz general del mundo. Supliquemos al Señor con todo el fervor de nuestros corazones conserve en nuestras almas este amor tan saludable y tan consolador, este amor inextinguible que profesamos á la Concepcion Inmaculada de Maria, para que honrándola en esta vida con el afecto de verdaderos hijos, y defendiéndola con el valor de verdaderos cristianos, despues de este destierro nos reunamos en la pátria celestial, donde, en compañía de los ángeles y de los bienaventurados, digamos: Bendita y alabada sea Maria Santísima Madre de Dios y Señora nuestra, concebida sin mancha de pecado original, por los siglos de los siglos. Así sea (1).



(1) Predicado en la parroquia de San Ginés de Madrid, precisamente el día 8 de Diciembre de 1854, día y año de la definición.

## DISCURSO XX.

### Inmaculada Concepcion.

*Multæ filiae congregaverunt divitias; tu supergressa es universas.*

(Proverbios, xxxi, 29.)

Muchas hijas reunieron riquezas; pero Tú las has excedido á todas.

(Proverbios, *ut supra*.)

**E**STREMECE, católicos, el corazon de la criatura sensata el solo recuerdo de la ingratitud con que el hombre, ignorante ó perverso, ha correspondido en todas las épocas á las finezas de su Criador. Señálase la entrada de nuestros primeros padres en el mundo por una prevaricacion ignominiosa, que de felices los hace infortunados, y de paraiso de bendicion convierte la tierra en un erial, cuyas entrañas producirán á viva fuerza el pan de cada dia, regado con el sudor de nuestra frente. La descendencia de Noé, tan pródigamente favorecida del Señor, se distingue por el desbordamiento de sus apetitos, por el desenfreno de la sensualidad y la corrupcion general de las costumbres, que arranca con violencia de la diestra de un Juez indignado un diluvio que hace desaparecer con las masas de delincuentes la ponzoña de los delitos, y fluctuar sobre las corrientes las reliquias salvadoras de la justificacion. El reinado de los caudillos Moisés y Josué se hace tristemente célebre por una alternativa interminable de apostasias del espíritu y delirios del corazon. El imperio del justo David se conmueve con las deplorables consecuencias de un adulterio. La gloria, la magnificencia y la sabiduria de Salomon se ofuscan, se eclipsan y desaparecen bajo la espesísima niebla de un abandono completo de Dios y de una repugnante idolatría. La nacion, final-

mente, escogida, el sacerdocio real, el pueblo de adquisición dentro de cuyos muros naciera y en medio de cuyas turbas predicara con inauditos ejemplos y celestial doctrina el Santo de los Santos, el Pastor divino, el Salomon sapientísimo, Jesucristo, sella su perversidad característica con un deicidio horrendo, consume el más horrible de todos los atentados, y atrae sobre sí un anatema fatal que hace peregrinar á la raza judáica de día y de noche, dispersa y fugitiva, sin ley y sin domicilio, sin ilusiones y sin esperanzas por toda la redondez de la tierra.

Pero siempre, y esto es lo que no se sabe explicar porque tampoco se puede comprender, siempre al lado de una mano justiciera que nos azota, se ha dejado sentir otra mano benéfica que nos defiende, y cerca de una calamidad que nos impelia á la desesperación, improvisábase un suceso favorable que levantó el corazón en alas de la esperanza: por eso á la culpa de Adán acompaña la promesa de la redención; surca las ondas del diluvio la nave salvadora; el hambre, la sed, la peste y todas las plagas mortíferas del Egipto hallan su remedio en la peña de Oreb, en el maná que descende de los cielos y en la serpiente de metal. Josué detiene el sol y se reanima la casi amortiguada fe: las lágrimas que arranca el crimen de David se enjugan con la penitencia y el arrepentimiento; y como del fango inmundo de la idolatría salomónica se levanta Jeroboán radiante á los ojos de Dios y de los hombres, y digno de la prosperidad, de las promesas y de las bendiciones.

Esa familia desgraciada por lo desagradecida, que debiera y pudiera ser exterminada en el lugar y en el instante mismo de su infernal delito, de todas partes huye, pero en todas partes vive, esperando que el anatema se levante y la sentencia se revoque solo por un efecto de la misericordia de Dios. ¿Y nuestro siglo, señores? Nuestro siglo, callando en obsequio de la brevedad la crónica de los siglos anteriores, tampoco se encuentra desgraciadamente libre del negro borron de una escandalosa ingratitud. Siglo material que ha pretendido y sigue pretendiendo sepultar en el olvido el recuerdo de los tiempos que le precedieron, eminentes por el espíritu religioso que en ellos presidía y por la observancia de la moral evangélica. Que há como recopilado en sus arsenales los pertrechos, las armas y los combustibles de que en todos tiempos se ha valido el demonio para entronizar el dominio de las tinieblas, gangrenando con insensatas teorías y corruptoras innovaciones la buena fe de nuestros contemporáneos, y poniendo en acerbo conflicto el sentimiento de la caridad. Siglo que ha abortado la desmoralización más punible disfrazada con el mágico

nombre de *moralidad*, y la impiedad más absurda, bautizada por sus secuaces con el luminoso dictado de *ilustración*: que ha estrechado las naciones del globo, alumbrando con la tea de la discordia los sórdidos proyectos de la ambición revolucionaria, y derramado el veneno de todas las herejías en la dorada copa de un florido lenguaje, para ofuscar los entendimientos y hacer dormir á las gentes el letargo del indiferentismo religioso. Siglo que discute y pone en duda la existencia de Dios, sacrifica impunemente sus ministros, escarnece la Religión, desconoce y niega la autoridad de la Iglesia, persigue á sus Príncipes y Pastores, arruina los templos, profana los altares, desprestigia al sacerdocio, empuja y ridiculiza el culto católico: siglo en que los espíritus fuertes, que yo llamo propiamente soberbios, con escándalo de nuestros días se burlan del augustísimo y venerando misterio que constituye el fundamento de nuestra existencia: en que el cisma prepara sus redes por todas partes, y el protestantismo se dispone á ser la ley de los Estados, y el Catolicismo devora en un silencio tenebroso los temores de ver instituido sobre el reinado de Dios el reinado de Belial. Pues este siglo, retratado con colores tan lúgubres como verdaderos, tiene como todos los demás, y tal vez más que ninguno, majestuosamente impreso en el volumen de sus *Anales* el sello de la divina misericordia. Siglo donde parece que no hay esperanza, y, sin embargo, en él se han colmado las esperanzas todas que existían desde el origen del mundo; que asemeja á un océano borrascoso en el flujo y reflujo de los deseos, y, no obstante, en él se han cumplido los deseos de todas las criaturas: donde lo que primero fué una idea, después una opinión y más adelante una creencia universal, es ya un dogma solemnemente definido y unánimemente acatado; un florón inmarcitable, el más hermoso en la diadema de la mujer digna de todas las alabanzas, y el eslabón que cierra la cadena majestuosa de los puntos dogmáticos de nuestra fe: la Concepción Inmaculada de María Santísima. Lejos de mí la idea de pronunciar un discurso de controversia sobre un asunto que ya ha esclarecido la voluntad de Dios, ni mucho menos ocuparme en defender á la Sede Apostólica de las groseras impugnaciones con que la han afligido los partidarios de la irreligión, que de todo hablan y de nada entienden. Concéptome solo á que consideremos á la Reina y Señora de todo lo criado *en el augustísimo privilegio de su inmaculada Concepción, como la más enriquecida por él, no solamente entre todas las criaturas de su sexo, sino entre todo el género humano. Multæ filiae congregaverunt divitias; tu supergressa es universas.*

Imploremos en mi auxilio, como el más eficaz, la gracia de Dios por la intercesion de la bendita entre todas las mujeres, diciéndola con el Arcángel:

### Ave Maria.

Para calcular la inmensidad de dónes y de riquezas que desde el seno de la Divinidad descendieron sobre Maria en el instante de su animacion, bastaria considerar las funestas consecuencias del pecado original: al dominio supremo y absoluto que el hombre tenia sobre todas las maravillas del universo; siendo despues de Dios el ser más rico y más privilegiado en los cielos y en la tierra, sucede una pobreza espantosa: á una inteligencia sublime, escarecida por la Sabiduria increada, reemplaza una razon tan soberbia como oscura é incompleta, que no produce más que errores; un espíritu libre y soberano de la materia queda reducido á la miserable condicion de esclavo de todos los apetitos; la concupiscencia se desarrolla, la justificacion se pierde, la gracia tiende su vuelo al lugar de donde descendió; una enemistad que solo puede concluirse con la expiacion, y una distancia que solo el Omnipotente puede medir y abreviar, separan desde aquel momento á la criatura de su Criador. Eva pecadora eleva nuestra mente á los pies de la Eva salvadora, y ciertamente que arrebatada nuestra atencion el paralelo que nos ofrecen las desventuras de aquella con las felicidades de esta. ¿Considerásteis alguna vez el contraste que forma el rubicundo sol asomando por Oriente, y las densas tinieblas que van á sepultarse en el ocaso como avergonzadas de sí mismas y temerosas de su aparicion? ¿No habeis visto entre los dos términos de la luz y las tinieblas una naturaleza que se desenvuelve del sombrío sudario de la noche, unas plantas que reverdecen á competencia, unos frutos que se sazonan como por inspiracion, las criaturas todas que respiran una nueva existencia y forman de la creacion el conjunto más admirable que han contemplado nuestros ojos? Pues por el oriente de la gracia, y circundada de los rayos del Sol de Justicia Jesucristo, observad esa nueva naturaleza, tierra bendita con bendiciones del cielo, y de cuyas entrañas brotarán algun dia riquísimos frutos de Santidad; á Maria Santísima, gallarda como la aurora, majestuosa como la estrella de la mañana, gozando de su inmunidad en el regazo de la Providencia Omnipotente y haciendo desaparecer con su presencia las tinieblas del dolor y del infortunio.

Eva, señores, con su espíritu de soberbia, con su gérmen de

ambicion con su pecado original, representa toda su descendencia, revolcándose en el lodo de la miseria, y atormentada sin remedio por las espinas de toda mortificacion. Representa en su caída á todas las mujeres contaminadas, á todos los hombres esclavos del ángel enemigo de Dios, y á las unas y á los otros sujetos á la indigencia y á la muerte. Maria, en el privilegio de su purísima concepcion, significa la sola criatura que no pecó, la única palmera de Cades que no estremecieron los vientos del amor propio; cedro del Líbano cuyas raices no carcomió la oruga, ciprés de Sion cuya médula no fué roída por la langosta, rosa la más fragante de Jericó, cuyos colores no palideció el estío y cuyo tallo no quebrantó la mordedura del áspid. La incapaz, por una gracia especial de hacer traicion al que la preservó, y muy capaz para contribuir con Él á la apetecida reconciliacion y á la salvacion eterna de todos los hombres. Eva, cayendo, nos arrebatada el pingue patrimonio de todos los bienes, y nos lega la herencia de todos los males: de Maria sin pecado huyen todas las adversidades; con Ella principia, con Jesucristo, una regeneracion dichosa, y en Ella se compendia, por Jesucristo, una bienaventuranza cuyo principio es Dios, cuyo término medio es Dios, cuyo fin es Dios, y en la que el alma que se abisma es afortunada sin recelo ni sobresalto en el tiempo y en la eternidad.

¿Qué significa, decidme, ese razonamiento elegante y expresivo que sabiamente pone la Iglesia en los labios de Maria, sinó la munificencia de carismas y la abundancia de excelencias que sobre Ella derramó entónces el que con solo su poder hace todo cuanto quiere? «Yo salí de la boca del Altísimo, engrendrada primero que ninguna criatura.» ¿Y qué es salir de la boca del Altísimo sino salir investida de todos los atributos, embellecida de todas las perfecciones, mucho más superior que los ángeles, y no importa decir que muy poco inferior al Omnipotente, puesto que, en sentir de un Padre de la Iglesia, Maria, si no Dios, todo lo es? De Maria, concebida toda y absolutamente en gracia, se desprende una luz indeficiente, luz de los cielos que jamás debe apagarse, segun la expresion de la Escritura; y el foco de donde parte esta luz, queda, á la manera de un velo trasparente, cubriendo la superficie del universo. ¡Oh y de qué modo tan innegable y con qué vivacidad y con qué fuerza se bosquejan en esta alegoría los designios incomprensibles del Omnipotente! Maria, más cándida que la paloma del diluvio, y más pura que el aroma primero de las flores del Carmelo y del Saron, resalta á nuestra vista desde *ab eterno*, engrendrada ántes que la luz, puesto que Ella concibió la

verdadera luz; inmediata á su Concepcion inmune existe ya su exaltacion á la divina maternidad y al lado de esta maternidad el Espiritu Santo y la fe nos descubren, séame permitido decirlo así, la maternidad humana de Maria, maternidad universal, y espiritual, y de adopcion, única con que podian contar los miserables hijos del hombre primero, única que garantizaban nuestra filiacion y á la que deberemos siempre la singular proteccion y amparo de la Santisima Virgen. Sola la Señora entre todo lo santo fué escogida para Madre de Dios: sola Ella entre todo lo perfecto fué destinada para co-redentora y Madre de los hombres; porque Ella sola, entre todas las hijas de Sion, apareció inmaculada desde el instante primero de su sér á los ojos del Príncipe de las eternidades. *Multæ filiae congregaverunt divitias.* Si escuchais una voz que partiendo de escondidas regiones os asegura ser una emanacion bendita á quien el Señor poseyó desde el principio de sus caminos, y antes que nada fuera hecho; para quien como para trofeo de todas sus excelencias brotaron los surtidores de las aguas cristalinas, los montes levantaron su cúspide con imponente gravedad, el firmamento se engalanaba, el mar obedecia sus limites y quedaban maravillosamente suspendidos los cimientos de la tierra, y que en union de la esencia divina recorre la inmensidad de los espacios, no lo atribuyais á otra que á Maria, á ese sér que habita en las alturas de Jacob, que domina la heredad de Israel, que preside las huestes de los elegidos del Señor, que en su Concepcion inmaculada aparece como tabernáculo santificado por el Altísimo, y reunion felicísima de todos los goces del paraíso celestial.

Todo lo dicho está de mas. Seria relevante testimonio de la verdad que nos ocupa analizar la Concepcion inmaculada de la Emperatriz de los Angeles y de los hombres con asistencia y cooperacion de la Beatísima Trinidad. Reflexionemos: el Padre engendra al Hijo, por quien han sido criadas todas las cosas, y del amor del Padre y del Hijo procede el Espiritu Santo.

Ahora bien; si consideramos estas tres partes de un todo indivisible, ejecutando reunidas lo que solo ellas podian y sabian ejecutar, veremos al Padre Eterno, á la Suprema Inteligencia, ese atributo que es, y que nosotros no podemos decir lo que es, que todo lo subyuga con su poder, y que todo lo nivela y regulariza con su prudencia, que todo lo penetra con su perspicacia, dotando á Maria, en el instante de su animacion, de su mismo poder para quebrantar la cabeza de la serpiente astuta, y de una prudencia y de una perspicacia que hacen de la Señora un prodigio

no poco menor al prodigio de la Divinidad. Observarémos á la increada Sabiduria, en cuya comparacion el oro es arena y la plata barro, más amable que la hermosura, claridad inextinguible que á todas partes alcanza con lo acrisolado de su pureza; sabiduria que es un vapor de la virtud de Dios, esplicita, cariñosa, sensible generacion del Todopoderoso é imágen de su bondad; observaremos, digo, á Jesucristo, sabiduria verdadera, recreándose en aquella criatura en quién, encarnado, dejará memoria eterna á los que le hayan de suceder; y prodigándose todo en Maria, á quién, segun su mismo lenguaje, amó y buscó desde la eternidad, escogiéndola para Madre suya, prendado de su inocente hermosura. Pasaremos con la rapidez del pensamiento á meditar esa última procesion, ese sentimiento libre como el aire, incorruptible como el Océano, y que tiende á elevarse como la llama del fuego; y que contemplaremos al Espiritu Santo, al amor divino, exhalándose en amartelados deliquios ante la original inocencia de Maria, apellidándola su hermosa, su amiga, su inmaculada, y haciendo de aquella alma santísima, no sólo la concentracion de la inteligencia y la sabiduria omnipotentes, sinó el vínculo indisoluble de la caridad y de la esperanza, el iris de los cielos y de la tierra, la delicia de las criaturas y del Criador, y una produccion encantadora que, en idéntica conformidad, llegará á formar de los hombres una sociedad de hermanos.

Más todavia. El hombre estaba cautivo, y era indispensable redimirle: Dios no queria consentir se malograra la obra más acabada de sus manos; pero el hombre nada podia por sí, y su redencion habia de verificarse de una manera sobrenatural y extraordinaria: la encarnacion del Verbo se realizaria dentro de una arca más preciosa que la de la Alianza, su animacion en una tierra virgen. Dios para ser hombre, á no dudar, tomaria carne en las entrañas de una mujer. Pues bien; en la Concepcion de esta mujer, que es una maravilla de la gracia, se desarrollan de una manera portentosa la omnipotencia, la sabiduria y el amor de las Tres Divinas Personas. Y ¿qué extraño? Los dos caracteres más augustos, los dos destinos más eminentes que Maria Santísima habia de desempeñar, hacian indispensable que fuese una excepcion de la regla general de todo lo criado. Para Madre de Dios era como contradictorio que Jesucristo, impecable aun cuando hombre, y que como Dios no consiente delante de sí ni siquiera imperfeccion, consintiera ver al objeto de sus delicias un instante solo sujeto al imperio de Lucifer. Para Madre de los

hombres era impropio, parecía incompleto ofrecer á nuestra consideracion una mujer de origen, de circunstancias iguales á la que ocasionó nuestra ruina, y no darnos una madre, no solamente virtuosa, sinó más inocente que los Arcángeles y más pura que los Querubines. Y como en el órden de la naturaleza y en el órden de la gracia nada hubo que no estuviese previsto por la Divina Providencia, y como que en esta nada hay contradictorio, impropio é incompleto, por eso nuestra fe y las Escrituras, la tradicion y el oráculo infalible de la Iglesia, nos presentan á Maria exceptuada en el instante primero de su ser de la ley general de los vivientes; y por ello más rica de prerogativas y de excelencias que encontrarse pudiera criatura en todo el linaje humano. *Tu supergressa es universas.*

Vengamos al mundo, señores; y el testimonio del mundo en favor de las excelencias de Maria Inmaculada es tan ópimo, que arroja de sí una série luminosa de testimonios de esta misma verdad, y tan fuerte que no podemos menos de someter á él nuestro corazon, reconociéndole, despues de la voluntad de Dios, como causa determinante de ese efecto felicísimo, de ese nuevo triunfo que obtuvo la fe de los cristianos en el memorable ocho de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro. Acababa de realizarse en el universo para consuelo de los desconsolados el trastorno más admirable que han conocido los tiempos: cuarenta siglos de esperanzas vehementísimas que fueron la sávia que nutriera el corazon de los creyentes, se habian cumplido en los treinta y tres años de la vida de un hombre que por el contraste que en su nacimiento y en su muerte ofrecia con el nacimiento y con la muerte del primero de los hombres, indicaba de una manera positiva ser el gran Libertador vaticinado por los Profetas y suspirado por los Patriarcas. A pesar de la rapidez con que atravesó la distancia que hay desde la cuna hasta el sepulcro, tuvo espacio suficiente para dar habla á los mudos, oido á los sordos, vista á los ciegos, movimiento á los paralíticos, libertad á los poseidos del demonio, y triunfar de la muerte con su misma muerte. Por las victorias que consiguió sobre el príncipe de las tinieblas justificaba muy bien ser Hijo de Dios; y si la Sinagoga no creyéndolo se atrevió á sacrificarlo como embaucador y hechicero, la Sinagoga, y el paganismo, y la idolatría y sus seguidores, y el orbe todo, no pudieron ménos de confesar que Jesus era el Hijo de Maria, y á Maria se dirigieron las miradas de cuantos séres poblaban entónces y poblarán en lo sucesivo la redondez de la tierra. Y las glorias, y las excelencias, y las virtudes del Crucifi-

cado se vieron delineadas, como por un pincel divino, sobre la persona de Maria, no de otro modo que las glorias y las excelencias del Padre reflejaron sobre el Hijo en el momento de su generacion.

La gran familia redimida lanzóse por todas partes á buscar una Madre que fuese inmortal, que nada tuviera de comun con nuestra primera madre; que por su perfeccion y sus prerogativas fuera digna del amor y respeto de sus hijos, y por su poder universal á propósito para no abandonarlos en el mar turbulento de la vida: y en Maria Santísima fué donde todos fijaron su consideracion y entronizaron su confianza. Parece que la tierra ablandó su natural dureza, las escarchas la abrieron paso, el invierno se retiró, las flores aparecieron bellisimas como nunca, las tormentas arrullaron de lejos, y la voz del Sér Supremo que truena en las alturas, dijo para felicidad de los hijos de Maria: *Surge, amica mea, et veni.* «Levántate y ven, inmaculada amiga mia.» Los hombres, como aquel á quien repentinamente se le cae una venda de los ojos, distinguieron en aquella mujer la destinada para quebrantar nuestras cadenas; la elegida, segun David, para descanso, morada y habitacion de Dios; segun Isaías, la vara florida de José; y recordaron, muy oportunamente, para llenarse de asombro y admiracion, que Maria era la doncella á quien el parainfante celestial, en un dia eternamente célebre, visitó en Nazareth, saludándola llena de gracia y bendita entre todas las mujeres. *Gratia plena, benedicta tu in mulieribus.* Pero llena de gracia por el privilegio sobre todos los privilegios y la excelencia sobre todas las excelencias de la gracia santificante en el instante primero de su Concepcion.

Y ved aquí desde entónces á los hijos del Cristianismo comprometidos en una lucha edificante; á los discípulos de la Cruz esforzándose, pero de un modo que no encuentra comparacion; por colocar sobre el pecho de Maria el blason más ilustre de todas sus prerogativas. Todos miraban á los cielos como el que busca la revelacion de un misterio; extasiábanse todos en la Madre del Redentor, y suspiraban por poderla decir: *Multæ filie congregaverunt divitias; tu supergressa es universas.* Y mirándola tan hermosa y tan Santa, callaban; y callando, la creian, porque no podia ser de otro modo, si habia de ser lo más excelente entre todos los séres, concebida sin mancha de pecado original. Pero esto aún no habia salido de los secretos de la Divinidad; era no mas una semilla que el gran Padre de familia habia plantado en el terreno de la fe, y que, desarrollada con el suave rocío de la

esperanza, se ostentaria un día galana al influjo de los rayos del sol de la caridad.

Y así se verifica. La Concepcion sin mancha de Maria es el primer acento en la predicacion de los Apóstoles, la corona de los mártires, la palma de las vírgenes, la brújula de los confesores; es la palanca formidable que conmueve y sostiene por espacio de diez y nueve siglos la máquina del mundo y el edificio de la Iglesia: por eso la Iglesia, representada por los Pontífices, por los Concilios y por los Santos Padres, y asistida por el Espíritu Santo, quema sus inciensos y elevó sus plegarias delante del sagrado tabernáculo, nó para poder creer, porque ya lo cree, sinó para poder enseñar que Maria fué exceptuada de la culpa original: y el mundo figurado por los Emperadores y los Reyes, por los poetas y los historiadores, los liceos y los ejércitos, las Asambleas y las universidades, y las corporaciones todas religiosas, científicas y literarias, aguarda á los piés de la Iglesia una decision solemne, decisiva, infalible, para poder decir á Maria: **BENDITA SEAIS, SEÑORA, CONCEBIDA SIN PECADO ORIGINAL.**

Y los cuarenta siglos que precedieron y los diez y nueve que han sucedido á la redencion del mundo; la fe y las esperanzas de la ley antigua hermanadas con la fe y las esperanzas de la ley de la gracia; y deseos y suspiros y creencias y todo se reunió en derredor del Vaticano para oír de los labios del Pontífice reinante, tan heróico en sus padecimientos como perseverante en su fe y generoso en su corazon, que «la más régia, la más excelente y la más sublime entre todas y sobre todas las excelencias de Maria Santísima, es la de haber sido concebida en gracia y exenta de toda mancha desde el primer instante de su bendita y suspirada animacion.» Últimamente, señores, de los símbolos y del lenguaje de las Escrituras Santas; de los dulcísimos afectos que infundé á nuestra alma contemplar la animacion de Maria en el seno de la Santísima Trinidad; de la vehemencia con que los tiempos y las criaturas han deseado la aclaracion de este misterio y del unánime asentimiento y universal regocijo con que todos lo hemos recibido, resulta que «*Maria Santísima por la inmunidad de su concepcion es la criatura más enriquecida de dónes, de privilegios y de excelencias, no solamente entre las hijas de Sion, que son las almas santas, y no sólo entre todas las criaturas de su sexo, sinó entre todo el género humano.* **MULTÆ FILLE CONGREGAVRUNT DIVITIAS; TU SUPERGRESSA ES UNIVERSAS.**

Alegrémonos y regocijémonos, amados míos, en la concepcion

sin mancha de Maria; y pidamos, prosternados á sus piés benditos el remedio de todas nuestras necesidades espirituales y temporales; el aumento de la gracia y la perseverancia en ella, para que, procurando y logrando imitar las esclarecidas virtudes de la Virgen en este valle de lágrimas, podamos algun día decirla en union de los bienaventurados: «Bendita y alabada seais, Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo, concebida sin pecado original desde el primer instante de vuestro sér.» Por los siglos de los siglos. Así sea.

